

El porvenir es largo y *Los hechos* de Louis Althusser como escrituras del yo

María Coira
Universidad Nacional de Mar del Plata-CELEHIS

A la muerte de Althusser en 1990, se encuentran dos textos autobiográficos sin publicar. Entre la redacción del primero y el segundo, hay un lapso de diez años; en la mitad, en 1980, el filósofo francés estrangula a su esposa, Hélène.

Estos textos son *Los hechos* (1975) y *El porvenir es largo* (circa 1985) cuya existencia era ya una suerte de mito, habida cuenta de que Althusser había permitido lectura del manuscrito a ciertos amigos y se habían generado expectativas por conocer ese texto en el ámbito intelectual.

Se entiende: Althusser ocupaba un lugar de alta importancia en el campo de la filosofía y el estructuralismo francés, más allá de que en repetidas ocasiones él hubiera desconocido ser parte de ese movimiento también llamado “giro lingüístico”. En el imaginario, Althusser era a Marx lo que Lacan a Freud. Fueron sus alumnos: Étienne Balibar, Pierre Macherey, Jacques Rancière, Régis Debray, por nombrar solamente unos pocos. ¿Amistades de Hélène y suyas? Eluard, Jean Renoir, Malraux. Interlocutores: Jacques Lacan, Michel Foucault. En ese marco, la publicación póstuma de las dos autobiografías constituyó un hecho editorial esperado y deseado en ese ámbito.

Se sabe que tanto uno como el otro fueron escritos en brevísimo tiempo. Se conoce, respecto de *El porvenir es largo* que Althusser pidió a sus amigos que le consiguieran toda

la prensa acerca del asesinato de Hélène, que investigó sobre sus internaciones, las drogas que le fueron recetadas y administradas y, asimismo, se informó con su analista y médicos sobre su estado durante los períodos de delirio.

¿Motivación? La existencia de *Los hechos* nos habla de una cierta pulsión autobiográfica previa a la catástrofe. No obstante ello, el propósito explicitado de la escritura de *El porvenir es largo* es el de hacer oír su voz, su explicación o conjeturas sobre lo sucedido. Apenas conocido el estrangulamiento, Althusser fue objeto de la figura jurídica llamada “no ha lugar”, es decir, considerado no responsable de sus actos, y, consecuentemente, internado en Saint Anne. Lo que podría ser visto como un beneficio o privilegio implica para el filósofo su condena al silencio. Su escritura tendría como fin romper ese obligado mutismo, bucear en su versión de los hechos, someterlos y someterse a indagatoria no sólo para sus eventuales lectores sino para él mismo. Tal vez por ello, busca escapar de la etiqueta “autobiografía” y expresa: “Naturalmente, lejos de toda anécdota o ‘diario de navegación’ o de la mala literatura que hoy es de rigor en toda autobiografía (esta decadencia sin precedentes de la literatura) me referiré sólo a lo *esencial*” (214).

Así y todo, son unas singulares “escrituras del yo” y, como tales, comparten con ellas características insoslayables. En especial, todos los largos capítulos que se ocupan de su infancia y juventud que nos llevan a asociar con lo afirmado por Nicolás Rosa, en ese bello libro que es *El arte del olvido*. Allí, al referirse al fatal juego de presencias y de ausencias que toda escritura implica, en especial en las autobiografías, Rosa nos recuerda que la historia se construye sobre lo olvidado tanto como sobre lo recordado; o, mejor, se recuerda porque se olvidó antes. Es fascinante leer lo que acerca de esta paradoja escribe desde el lugar privilegiado de “las escrituras del yo” (Rosa 1990). “Extraña paradoja”, la llama, ya que “no

es la memoria la que conserva sino el olvido”; olvido que explica que nadie escriba sobre su infancia o juventud cuando es niño o joven (cuando infancia y juventud son saberes imposibles porque no han podido aún ser olvidados) sino en la vejez (cuando se pone en el pasado aquello que se desea pero que ni se puede realizar en el presente ni puede esperarse del futuro):

El *doble fundamento* del olvido se inscribe en el enunciado del saber del sujeto (saber/no saber) y el saber del objeto: aquello que se recuerda no coincide con el recuerdo (decepción) pero co-incide (cae conjuntamente) con el sujeto desfallecido por el olvido. [...] El olvido nos revela que la *identidad* está perdida de entrada y que el sujeto se extravía en la selva de las identificaciones (58).

En esta ocasión nos centraremos en algunos recorridos de lectura motivados por *El porvenir es largo* pese a lo cual queremos señalar una suerte de paradoja respecto del texto escrito en 1975. Un título como *Los hechos* tiende a remitirnos al terreno de lo objetivo, de un narrar, si se quiere, realista, pues no es lo que encontraremos en sus páginas. En esa primera escritura del yo, no se observan matices entre aquello que de algún modo podríamos llamar referencial y el fruto de delirios y alucinaciones: por ejemplo, los encuentros con Juan XXIII y con De Gaulle, así como el robo de un submarino atómico. En cambio, en *El porvenir...* dos recuerdos son rápidamente impugnados:

Que se me permita, frente a la verdad, una confesión cruel. Aquella escena de cantos caóticos [...] La he soñado pues, es decir sólo he deseado intensamente vivirla. Ciertamente, no era del todo imposible. Pero debo, en aras de la verdad, mantenerla y presentarla como lo que ha sido a través de mi recuerdo: una especie de alucinación de mi intenso deseo (111).

Así como no quiere ser una autobiografía, *El porvenir* pide, asimismo, no ser considerado como un autoanálisis, psicológicamente hablando. Sin embargo, abunda en nociones provenientes de ese campo: recuerdo encubridor, castración, hipomanía, paranoia, demencia precoz, neurosis de angustia, falsas depresiones neuróticas, atípicas, omnipotencia, depresión, melancolía...

¿Cómo podrían ser obviados en esta historia de sus “afectos y fantasmas” su relación con Lacan, su saber sobre *La historia de la locura* de Foucault, los aportes de su analista?

Precisamente, muchos recuerdos/olvidos de su infancia y juventud aparecen comprendidos a la luz de su propio y largo “análisis”. Un aspecto insoslayable es el de las alucinaciones provenientes de nombres propios y el papel de los significantes, para lo que cita a Freud y a Lacan. Nos referimos a la portación de los nombres de pila de los muertos. Precisamente, esto le sucede a él y mucha tinta corre a raíz de ello. La joven que habría sido su mamá había estado comprometida con un joven piloto muerto durante la Primera Guerra Mundial. ¿Su nombre? Louis. En su novela familiar, Althusser ve a su madre casta, estudiosa, idealista enamorada por siempre del joven piloto y, de algún modo, violada e incomprendida por Charles que de futuro cuñado devino en su marido. Llamarse como el amor perdido de su madre le hace sentir que no existe, que la mirada de ella lo atraviesa, lo traspasa, buscando siempre el objeto perdido. Siente que no existe y tiene culpa por ello. Con el tiempo y su análisis, verá en esto la emergencia de lo que llama su impostura: su deseo de agradar al otro, entre ellos a sus maestros y profesores como un aplicado alumno. Pero no auténtico: sus éxitos son adjudicados, en esta línea de razonamiento, a un mínimo de lecturas, de conocimientos y esfuerzos y un máximo de impostura: su “aprender de oídas” (221) y su “sensibilidad por la coyuntura” (222). Cito:

Evidentemente mi cultura filosófica de los textos era más bien reducida. Conocía bien a Descartes, Malebranche, un poco a Spinoza, nada a Aristóteles, los sofistas y los estoicos, bastante bien a Platón y Pascal, Kant en absoluto, un poco a Hegel y finalmente ciertos pasajes de Marx leídos muy cuidadosamente (220-221).

Al respecto, aunque no nos vamos a detener en ello, es interesante su apreciación general sobre el campo intelectual francés (más allá de su enciclopedia personal) al considerar que Francia se mantenía ignorante de todo lo que se hacía más allá de sus fronteras.

Althusser se reconoce poseedor de lo que llama “dos virtudes universitarias”: claridad de escritura y el poder redactar por deducción sobre cualquier tema (127). Si el deseo de la madre lo convierte en un normaliano, en el autor de una obra abstracta (226), el hecho de dar a su pensamiento la forma abrupta de un corte, de una ruptura (232) es atribuida a su padre. “La filosofía representa a la ciencia ante la política y a la política ante la ciencia” formula; “la filosofía es ‘en última instancia’ lucha de clases en la teoría”; “algo que no tenía objetos (en el sentido en que la ciencia tiene objetos), sino apuestas polémicas y prácticas” (225).

Lo que también me enseñó la experiencia de la cautividad es el bien que sentía no viviendo ya en compañía de padre y madre y en el universo (sin ningún exterior) de los estudios, de la clase y del piso familiar; en pocas palabras, no ya bajo el terrible, [...] horroroso y más espantoso de todos los aparatos ideológicos del Estado que es, en una nación donde naturalmente el Estado existe, *la familia* (140).

Dos zonas textuales de especial espesor se configuran en *El porvenir...*: la de la sexualidad y la del, digamos, cautiverio.

La mirada de la madre que lo traspasa para ser fijada en el otro Louis y sus interminables miedos son constantemente asociados con el temor de ser “mermado”, expresa, en su cuerpo, en una clara asociación con la castración. La madre, temerosa de ser amputada, amputa, invade, merma. El temor a ser abandonado a devenir en indigente lo llevará a una suerte de obsesión por tener “reservas”: de dinero, de mujeres, de sexo. No tendrá una masturbación lograda hasta casi los treinta años. Sufre su primera internación en Saint Anne inmediatamente después de su primera relación sexual con Héléne, que es su primera relación sexual a secas.

Es momento de decirlo: entre 1947 (primera internación, después de acostarse con Heléne) y 1980 (luego de matar a Héléne), Althusser sufre quince depresiones que son, a su vez, quince internaciones. En la mayoría de los casos, hay testimonios acerca de que él mismo solicitaba ser internado y, por ese solo hecho, más allá de electroshocks o medicinas, la hospitalización en sí misma le era beneficiosa.

Un trabajo aparte amerita el tema del “encierro”. Los retiros espirituales de su juventud católica, los campamentos con los boy scouts, “Me fascinaba la vida de los monjes”, reconoce, “dedicados a la castidad, al trabajo manual y al silencio. Este triple voto me iba bastante bien” (129-130).

Apenas ingresado a la École, Althusser es movilizado y, posteriormente, vivirá cinco años de cautiverio como prisionero de guerra de los alemanes. Allí tendrá, según él, su primer orgasmo, allí, en el campo de concentración oír hablar por primera vez del marxismo (144-148). De vuelta en la École, permanecerá en esa institución treinta y dos años, en lo que llama

una “reclusión monástica” (recordemos que el filósofo vivía en uno de los departamentos de la École).¹

Estas largas páginas desembocarán en una suerte de identificación entre la muerte de Hélene y la del propio Althusser. Una de las conjeturas será la de ver el asesinato como un suicidio por interpósita persona. Finalmente, una larga cita de la interpretación de un analista. “Sólo unas palabras:”, agregará Althusser y con ello termina su escritura, “que los que creen saber y decir más no teman decirlo. Sólo pueden ayudarme a vivir” (379).

¿Ha logrado el filósofo su propósito?

En el análisis que Lacan hace del poema “Booz dormido” de Víctor Hugo, el psicoanalista francés habla de la metáfora como “plus de significación” y, si antes nos había persuadido de que no puede decirse todo, ahora la metáfora supone la posibilidad de decir un poco más de lo que se puede, y, a veces, *quiere* decir.²

Recordemos el momento en que el “yo” confiesa que dos escenas que ha narrado no han sucedido realmente y, por ende, dado su propósito de contar la verdad, corresponde

¹ Sartre es otro que se adapta tan bien a su propia experiencia como prisionero de guerra que escribe parte de una de sus obras durante el cautiverio. ¿Y qué decir de Barthes? Pasa la Guerra internado por su tuberculosis y hacia el final de su vida se inspirará en la vida de los monjes del monte Athos para elaborar su utopía sobre el respeto por el propio ritmo, sobre la posibilidad de conjugar lo colectivo con lo individual.

² Reproducimos el siguiente comentario: “Un verso dice: ‘Su gavilla no era avara ni rencorosa’: es obvio que de gavilla –que es un conjunto de mieses– no se puede pensar falta de avaricia o de rencor [...] La falta de avaricia y de rencor son cualidades de Booz pero no sería lo mismo decir: Booz no era avaro ni rencoroso. El plus de significación aparece por efecto de la sustitución de Booz por gavilla, que le otorga a él algo del orden de la fertilidad. La metáfora en cuestión anticipa el acceso tardío a la paternidad que aparece al fin del poema. [...] con relación al eje de la continuidad diacrónica o eje metonímico, que para el ejemplo es ‘no era avara ni rencorosa’ gavilla es metáfora de Booz. A su vez el plus de significación de la metáfora se produce por las metonimias del mismo significante gavilla. Se podría decir que una gavilla es un conjunto de cosas que pueden fructificar, y en esto mismo hay una metonimia; decir ‘gavilla’ es decir eso y sin duda otras metonimias más. Gavilla por sus propias metonimias, al sustituir a Booz en la cadena metonímica que le corresponde a éste, le otorga un plus de significación” (Carbajal 1985: 63).

dejarlos de lado. Cortamos ahí la cita. Tal vez ahora es el momento de completarla: “Porque me propongo, realmente a lo largo de estas asociaciones de recuerdos, limitarme a los hechos: pero las alucinaciones también son hechos” (111).

El manuscrito tenía otros títulos posibles que habían sido tachados: “Breve historia de un homicidio” y “De una noche al alba”. Quedó *El porvenir es largo* (¿cuál porvenir?), no el del filósofo que vuelve a sufrir una recaída y en cinco años muere. Quizás el del niño tímido y aplicado, si convocamos la noción de acaecer de Giorgio Agamben o, con Faulkner, decimos que “el pasado no ha muerto, ni siquiera es pasado”.

Referencias bibliográficas

- Althusser, Louis (1992). *El porvenir es largo y Los hechos*. Buenos Aires: Ediciones destino.
Carbajal, Eduardo y otros (1985). *Una introducción a Lacan*. Buenos Aires: Lugar.
Rosa, Nicolás (1990). *El arte del olvido. (Sobre la autobiografía)*. Buenos Aires: Puntosur.